

LUIS PESCETTI

MILÓ, EL INVENCIBLE

ILUSTRACIONES DE
PABLO RODRÍGUEZ JÁUREGUI

loqueleo





Miló y los árboles



Miló iba hacia su escuela como todos los días cuando oyó una voz:

—Salvanos, por favor.

Miró en todas direcciones. No había nadie, siguió caminando, y otra vez escuchó:

—Somos chicos, esa bruja nos hechizó.

Fue a buscar detrás de uno de los árboles de la vereda, por si un amigo le estaba haciendo una broma.

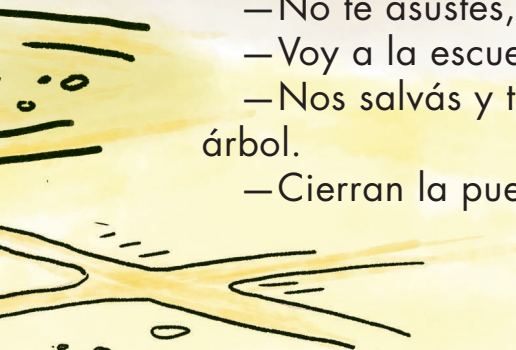
—¡Aquí! ¡Nosotros! —repitió la voz que venía de un paraíso.

—No te asustes, ayudanos. —Un árbol con flores.

—Voy a la escuela, no puedo llegar tarde.

—Nos salvás y te vas, llegarás re a tiempo. —Otro árbol.

—Cierran la puerta y no dejan entrar más.



—¡Peor nosotros! ¿Ves esa bruja? —Señalaron hacia la cuadra de enfrente.

—Es una señora barriendo.

—Es una bruja. —Retrucó el paraíso.

—Señora.

—Bruja.

—Señora.

—Bruja, bruja, bruja, bruja, bruj...

—Señora, señora, señora, señora, señora, seño...

—¡Ojalá te convierta en árbol! ¡Así nos creés! —se quejó el paraíso. Otro más flaco siguió:



—Tiene escoba porque es bruja y disimula que barre. Si se la quitás, se rompe el hechizo y volvemos a ser niños.

—No puedo sacarle la escoba sin permiso.

—Más discutís, más tarde llegás a tu escuela. —El árbol de las flores.

—¡Yo extraño a mis papás! —sollozó el paraíso.

—Uf... ¿qué tengo que hacer?

—Darnos tres golpes con su escoba a cada uno, ¡y listo! —El que tenía flores.

—Mirá, ahora entró y dejó la escoba apoyada afuera. Corré y traela. —Paraíso.





Miló dudó. No quería llegar tarde, él también pediría auxilio si estuviera en problemas, y sus papás le enseñaron a ayudar a los demás. Corrió hasta la casa de la vecina, tomó la escoba, regresó donde los árboles y golpeó de a una vez a cada uno para ser parejo y no dejar a ninguno esperando.

Los niños poco a poco se liberaron del hechizo:
—¡No puedo creerlo, volveré con mi familia! —El niño paraíso.

—¡Voy a patear mi pelota! —El de las flores.

—¡Helado de chocolate! ¡Muerdo por un helado de chocolate! —El más flaco.

Cuando iba a comenzar la última ronda, la del tercer golpe, un grito lo detuvo en seco:

—¿¡Se puede saber qué hacés con mi escoba!?

La señora lo tomó del brazo y lo llevó, casi arrastrando, a la escuela. Miló volteó hacia los chicos para disculparse, pero por poco ya eran árboles otra vez.

—Hiciste todo lo posible, ¡sos muy bueno y muy valiente! —Apenas alcanzaron a decirle, con lo último que les quedaba de niños. Debía ser un hechizo poderosísimo.





El maestro era muy comprensivo. Así y todo, no podía creer lo que oía:

—¿Llegás tarde por pegarles a unos árboles con la escoba de la señora?

¿Qué puede decir un niño en un caso así? La verdad dejaría con la boca abierta hasta a un gran científico, y él ni había terminado la escuela. Miló solo le pidió perdón a la mujer, tal como indicó el maestro.

Regresó a su casa con una nota en el cuaderno. Cuando pasó al lado, los árboles no dijeron ni media palabra, por más que él les habló y les hizo cosquillas debajo de las ramas. Eso significaba que alguien había salvado a los niños. ¡Cómo le gustaría conocer al que rompió el hechizo! Mañana le dejaría un cartel en cada árbol: "Hola, soy el chico que intentó antes que vos, ¿querés venir a jugar a mi casa? Miló".

La señora estaba afuera, conversando con otra vecina. Lo vio pasar, le hizo una seña como diciéndole "Sos un pícaro" y le dedicó una sonrisa. Él le devolvió el saludo, apuró el paso y también sonrió, no quería quedar en la mira de una bruja.

Qué orgullo que le dijeran que es bueno y valiente. Así mismo se sentía.